

Alberto Sánchez*

Quien debiera estar hoy, aquí, es Jorge de Oteiza, pero su estado de salud y una crisis espiritual, según ha explicado al director de estos cursos, le impiden estar entre nosotros. «Como escultor y como hombre, Alberto Sánchez es quien más ha influido y más debo en mi vida», ha dicho el artista vasco.

Oteiza conoció a Alberto hace exactamente sesenta años, en una taberna madrileña de la calle de Atocha, frente al teatro Calderón, donde frecuentemente se veía con el pintor uruguayo Barradas. «Fue Alberto la primera influencia, la verdaderamente decisiva y permanente para mí. Creo que él no lo supo nunca en su entera significación», recuerda Oteiza.

La primera noticia que tuvimos nosotros de Alberto fue, precisamente, a través de Oteiza, allá en los principios de los años cincuenta, en Bilbao, en una cautivadora tertulia en que se daban cita, entre otros interlocutores, el poeta Blas de Otero, quien conocería unos años más tarde a Alberto, en un viaje a Moscú. Como testimonio de aquel encuentro, Blas de Otero le dedicó unos versos conmovedores e inolvidables.

Aunque el recuerdo permaneciera siempre vivo en Oteiza, su amistad con Alberto fue muy breve, porque abandona sus estudios de medicina y su trabajo como linotipista para marchar a América y dedicarse a la escultura. Su decisión como escultor para toda la vida, se apoyaba firmemente, entre otros hechos, en la bioquímica, en la medicina, como orientación experimental, racionalista, para una biología estética del espacio. Este trabajo fue calificado en aquel entonces, como singular, nada menos que por Severo Ochoa, ayudante de cátedra, creo recordar, de Juan Negrín.

Hace quince años, con ocasión de la exposición en Toledo de Alberto, dejó anotado Oteiza a su paso por Madrid: «Hoy reconozco, claramente, al lado del escultor Alberto conocido, un secreto Alberto con el que me encuentro singularmente identificado. Es como otra forma de sentir, de oficiar, de entenderse y comprometerse el escultor, personalmente, con su escultura. Escultor único el Alberto de los años de la República, escultura sola en la historia de la escultura, modelo de escultor solo, entre los escultores actuales. De intención de escultor que no se ha dado antes y que no se ha repetido después».

«Considero a Alberto como el artista y el hombre más singular que he conocido y un ejemplo a seguir —nos decía Oteiza hace unos días, concretamente el sábado de

* Texto leído en el acto de inauguración de la exposición-homenaje «Alberto Sánchez: Retorno a El Escorial», en el hotel Euroforum, San Lorenzo de El Escorial, 24 de agosto de 1989. En el mismo acto intervinieron María Asquerino, Francisco Umbral y Félix Grande, así como José Antonio Escudero, director de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense de El Escorial.

la pasada semana— por su adhesión a la vida, a lo social y a la poesía. Era un ser excepcional. Alberto es en mi recuerdo una especie de arcángel que venía de Toledo, con boina y una espada que diría de madera, casi de luto, un luto lleno de luz. Alberto y el pintor Lecuona, también amigo suyo, son dos seres que viven en mi recuerdo permanente y puedo decir que siento que me protegen».

Se lamenta Oteiza que la serie de esculturas de la época de la República no las ha visto reproducidas en ningún sitio. «Muchas veces he tratado de recordar la obra de aquel período. Eran unas patatas cósmicas con unos tatuajes y una intención plástica fabulosa. No he visto nada mejor».

Antes de entrar en lo que pudiéramos llamar el comentario de la obra, vamos a recurrir a unos antecedentes sobre los datos de la vida y la obra de Alberto, suministrados por él mismo, en el verano de 1960, poco antes de su muerte, que nos llevarán a unas percepciones claras de su itinerario vital y su insólita vocación.

«Alberto nace en Toledo, el 8 de abril de 1895, en la calle de la Retama número 5, del barrio de las Covachuelas. Su padre, Miguel Sánchez, era panadero. Su madre, Amalia Pérez, hija de campesinos, había sido sirvienta. Ambos, oriundos de la provincia de Toledo.

Cuando era muy niño, Alberto asistió durante cuatro meses a una escuela de párvulos. Tuvo que abandonar los «estudios» para ponerse a trabajar. En su infancia fue, sucesivamente, porquerizo, repartidor de pan y aprendiz de cerrajero. A los doce años, Alberto se trasladó de Toledo a Madrid, donde ya se encontraba su familia. Entonces no sabía leer. En la capital aprendió el oficio de zapatero. Pasó, luego, al taller de un escultor-decorador. Pronto dejó el oficio, pues se dio cuenta de que en aquel taller nunca pasaría de hacer vaciados en escayola.

Antes de ir al servicio militar, Alberto ya tenía algunas nociones de arte, adquiridas en los museos madrileños de Reproducciones, Arqueológico y, sobre todo, en el del Prado. En Melilla, durante el servicio militar, realizó las primeras esculturas. En 1920 regresa a Madrid. Vuelta al oficio de panadero. Con su trabajo en la tahona combina sus actividades artísticas. Terminaba su faena a las diez de la mañana, y había días en que a las once ya estaba dibujando en el café; sólo dormía ratos sueltos en la tahona, o desde la una hasta las tres y media de la madrugada.

Por aquel tiempo vivía en la calle Miralsol, en el Rastro, con sus padres y sus hermanos. La vivienda era minúscula, y allí no tenía espacio para realizar sus obras artísticas. Por eso iba a dibujar a los cafés, bares, por las calles, a los merenderos.

Hacia 1922 conoció en el café de Oriente (en la Puerta de Atocha) al pintor uruguayo Barradas, con el cual trabó muy pronto estrecha amistad. Alberto apreciaba mucho la gran cultura artística de Barradas. Fue éste quien hizo que, en 1925, mostrase Alberto algunas de sus esculturas en la Exposición de Artistas Ibéricos. Aquella fue la revelación de Alberto. La crítica se ocupó extensa y encomiásticamente de él.

«La Exposición de Artistas Ibéricos —ha contado el propio Alberto— dio a conocer en Madrid a Dalí, Palencia, Bores, Cossío, Barradas, Frau y otros. Para mí fue una gran suerte exponer allí; todos los periódicos de la noche del día de la inauguración se ocupaban de mis obras extensa y elogiosamente. Aquella noche estaba yo trabajan-

do en la tahona y otro panadero que leía *La Voz*, me preguntó: «¿Pero tú eres escultor? ¡Mira lo que dice aquí!». Al domingo inmediato, los obreros de mi sindicato fueron en masa a ver mi exposición.

Mi éxito dio pie para que numerosos intelectuales solicitaran de la Diputación de Toledo una pensión para mí. Firmaban la solicitud entre otros, el presidente del Ateneo de Madrid y el director del Museo de Arte Contemporáneo.

Yo quería hacer un arte revolucionario que reflejara una nueva vida social, que yo no veía reflejada, plásticamente, en el arte de los anteriores períodos históricos, desde la cueva de Altamira, hasta mi tiempo. Me di a la creación de formas escultóricas, como signos que descubrieran un nuevo sentido de las artes plásticas.»

El campo de observación de Alberto lo constituían los alrededores de Madrid, sobre todo Vallecas.

Hacia 1927 Alberto hizo una exposición en el Ateneo de Madrid. En 1932 proyectó los decorados y figurines para el teatro universitario La Barraca, dirigido por García Lorca y Eduardo Ugarte. En el mismo año proyectó también los decorados para el espectáculo organizado por Sánchez Mejías y la Argentinista.

Al estallar la guerra civil todas sus obras se encontraban en su nuevo domicilio, en la calle de Joaquín María López. Alberto había contraído matrimonio con Clara Sánchez. Como su casa quedó en la zona batida por el fuego enemigo, sus esculturas fueron destruidas por la artillería.

En cuanto comenzó la guerra civil, Alberto empuñó un fusil y marchó voluntario al frente de la sierra de Guadarrama.

En 1937, Alberto realizó una escultura monumental, de doce metros y medio de altura, para el pabellón español de la Exposición Internacional de París. A esta escultura le puso el título de *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*. Y a finales de 1938 el gobierno republicano le envió a Moscú para que se encargase de la enseñanza del dibujo a los niños españoles que habían sido evacuados a la Unión Soviética.

Alberto desplegó una gran actividad en la URSS como escenógrafo y proyectó decorados y figurines para obras de Tolstoi, Cervantes, Lope de Vega, García Lorca, Sender y Arconada, entre otros. Y actuó también como consultor en la película *Don Quijote*, dirigida por Kosintsev.

Desde 1956 hasta su fallecimiento —el 12 de octubre de 1962—, Alberto volvió a dedicarse a la escultura. En esta última etapa realizó treinta nuevas obras escultóricas e innumerables dibujos.

Es propósito nuestro incluir aquí, por lo que tienen ya de referencia histórica y de entrañable recuerdo, unos pasajes que le dedica Rafael Alberti a su amigo Alberto, en *La Arboleda Perdida*.

«También nos encontramos con el tremendo y fantasmagórico escultor toledano Alberto Sánchez, muchísimo antes de hablarse de lo que se llamó luego Escuela de Vallecas. A aquel barrio, a aquellos llanos que lo limitaban, íbamos Maruja y yo casi todos los días en el Metro, el trayecto más largo que recorría entonces.

Alberto. Alberto Sánchez. Alberto. ¿Cuándo lo conocí? ¿Allá por 1925? ¿Antes? ¿Un poco después? ¿Cuando la exposición nacional de artistas ibéricos? No puedo precisarlo con justeza. Epoca, entonces, de entusiasmo y pasión, en que íbamos surgiendo, coincidentes casi todos en Madrid, aquellos poetas que algo más tarde seríamos bautizados, quizá sin mucho acierto, como el grupo del 27... Paralelamente —sin contar novelistas y músicos—, pintores de todas partes de España íbanse presentando en nuestra capital para pronto abandonarla, cambiándola por París...

Sólo Alberto, Benjamín Palencia, Díaz Caneja —desaparecido recientemente— y Maruja Mallo —hoy con la salud muy quebrantada— no conocerían París hasta unos años más tarde, logrando ellos encontrar una gran mina creadora con su permanencia en España. Así, lo que se llamó enseguida Escuela de Vallecas echaba sus cimientos. La figura tremenda y descomunal de Alberto Sánchez comenzaría pronto a proyectarse sobre aquellos poblados y llanuras.

Pero, irremediamente, quienes se me aparecen, como por transparencia, son aquellos otros años de Madrid, aquellos años creadores de antes de la República y durante la guerra. Y me encuentro de golpe con Alberto, un Alberto casi todavía panadero y ya escultor, con un historial de oficios diferentes, como herrero, cuchillero, zapatero... huesudo y alargado, de accionantes manazas acostumbradas a amasar las figuras de panes modeladas con el trigo hecho harina. Discutidor a veces, narrador de increíbles historias de su vida popular y difícil, y escritor a ratos de violentas sátiras sociales o claros pensamientos sobre su cada vez más audaz sentido de la escultura.

(Luego vendría la guerra y, finalmente, la dispersión.)

Cuando se fue a Valencia y luego a Barcelona, no lo vi hasta mi primer viaje a Moscú, desde Argentina, hacia el año 56, y luego en el 58, antes de seguir yo viaje a China, en donde encontraría, después de tanto tiempo, a sus cuñados Soledad Sancha y Luis Lacasa, aquel gran arquitecto que con el catalán José Luis Sert planeó el pabellón español de la Exposición Internacional de París, en donde estuvo instalado el *Guernica* de Picasso junto al *Payés* de Miró, la *Fuente de Mercurio* de Calder y la extraordinaria Columna de Alberto, a la que puso un título no exento de intencionalidad: *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*.

Y después de este preámbulo con Oteiza y Alberti, vamos a tratar de entrar en la obra de Alberto Sánchez. Alberto representa en su época la escultura pura. Es un artista que tiende a eliminar todo lo que no es escultura. Es el artista que no pertenece, desde un principio, a ningún grupo ni movimiento estético y busca en la soledad la creación de algo personal. Hay pocos ejemplos de parecida continuidad. Siempre ha arrojado sobre lo que le rodeaba la mirada de niño que cambia lo usual y lo cotidiano en maravilloso. Esta mirada se hacía cada vez más insistente a medida que avanzaba su edad. Una larga contemplación está en el origen de sus obras. No deja de observar y volver a observar. Parece que trata de impregnarse del espectáculo que se le ofrece. Pero no se trata de un espectáculo raro o prestigioso, sino que son los más familiares los que le ocupan. Sus fuentes de inspiración han sido los lugares donde ha vivido. Modela y pinta las cosas y las personas que ama. Su vida se confunde con su vocación.

Era un observador tan escrupuloso y, sobre todo, tan infatigable que no cesaba en su trabajo. Había momentos en que se hacía necesario continuar y otros en que era

necesario esperar. Finalmente hay que volver a empezar para ir hasta lo finible de la empresa; nunca descansar.

Esta fidelidad a la Naturaleza, esta obstinación en el trabajo tiene, pues, su límite. Por un retorno imprevisto, el espectador se hace más importante que el espectáculo. Lo que se siente es más grave y significativo que lo que se ve. El quería ser el mismo siendo fiel a la Naturaleza, aunque percibía lo que se pierde por una devoción demasiado servil.

El artista debe dominar la Naturaleza: debe elegir el motivo; debe elegir el motivo, pero no dejarse someter por él. Debe en efecto permanecer apegado a su idea primera. Velázquez, algunas veces, en sus cuadros académicos, era infiel a su inspiración inicial. Es preciso, por tanto, volver a la fuente que es la emoción primera.

Resulta emocionante observar a este hombre, tan sensible al mundo exterior y para quien todo es realidad hasta las apariencias, verle interrumpir su trabajo en el momento en que la realidad podría arrastrarle excesivamente sobre su visión. Era preciso divorciarse para permanecer fiel a una realidad más alta, que era la suya propia, e imitarse él mismo en sus primeros gestos.

La obra de arte no es un reflejo, es una concordancia. Entonces la observación más constante, la atención más apasionada, no son suficientes. Incluso, se dispersan. Es preciso recobrar y testimoniar esta parcialidad plena de amor sobre la cual nosotros no somos dignos de nada, según vino a decirnos Goethe.

Si existe una constante en el arte de Alberto reside en su eterno retorno. El nunca pierde de vista lo que es esencial. La curva de este arte puede parecer sinuosa, si se olvida ese esfuerzo incesante del artista para ser ese vislumbre de la Naturaleza y de él mismo, sobre todo de la Naturaleza, en principio y, más tarde, de él mismo a través de la Naturaleza.

Como pintor se embarga en la estilización, por los tonos suaves, las tintas sordas, la composición decorativa, casi musical, la atmósfera candente del verano manchego. La época no es muy propicia para innovaciones ni audacias. Pero un artista de valor hace lo que una planta: se alimenta de lo que le conviene y la podredumbre la convierte en flor.

La Naturaleza, la verdadera, la del campo, hizo irrupción en su arte. Jamás se había sentido alejado de ella: primero, en sus tierras toledanas, y luego en los bardales vallecinos o en El Escorial. Nunca se dejó llevar de las modas, ni fue a remolque de nada. Su evolución fue interior, motivada por su propio temperamento. Su escritura es siempre legible. Y se hará todavía más cuando en el contexto de las manchas coloreadas reintroduce el trazo, no como un elemento gráfico encargado de limitar el claro en relación con el oscuro, sino como alargamiento del mismo color.

La luz del cielo castellano se identifica con la obra de Alberto. Se inscribe en su línea, sobre todo, en la última etapa de su carrera de visionario. Introduce una gran simplificación en los paisajes que pinta en su monástica residencia de El Escorial. No hay más que gradaciones precisas, pero cuya precisión queda abolida en una luz global.

Su comportamiento es esencialmente el comportamiento de la sensibilidad. Esta empresa poética supone una lealtad a la fascinación del universo. Trata de hacer visible

el peso telúrico, la canción del agua, la incierta contingencia, la seducción de una música que está en las cosas perecederas, el trazo del pájaro en el cielo, el desgarrón de las estrellas por encima de nuestras cabezas, el sueño que se adivina, la palabra que tiembla en el silencio, la poesía.

Ante la obra de Alberto se llega a la certidumbre de que el lenguaje nos lleva al silencio. En el proyecto poético de Alberto existe una voluntad de apego al deslumbramiento del universo. Para bien marcar sus preferencias, el artista se rodea de materiales comunes. Este gusto por lo concreto hará de él el gran escultor que conocemos. Ama palpar su sueño, encontrar en el corazón de su sueño la gravedad de los objetos. Lo que solicita Alberto no es el afecto del viento, sino el mismo viento. Parece hablarnos constantemente del cielo, pero nunca deja de pensar en la tierra.

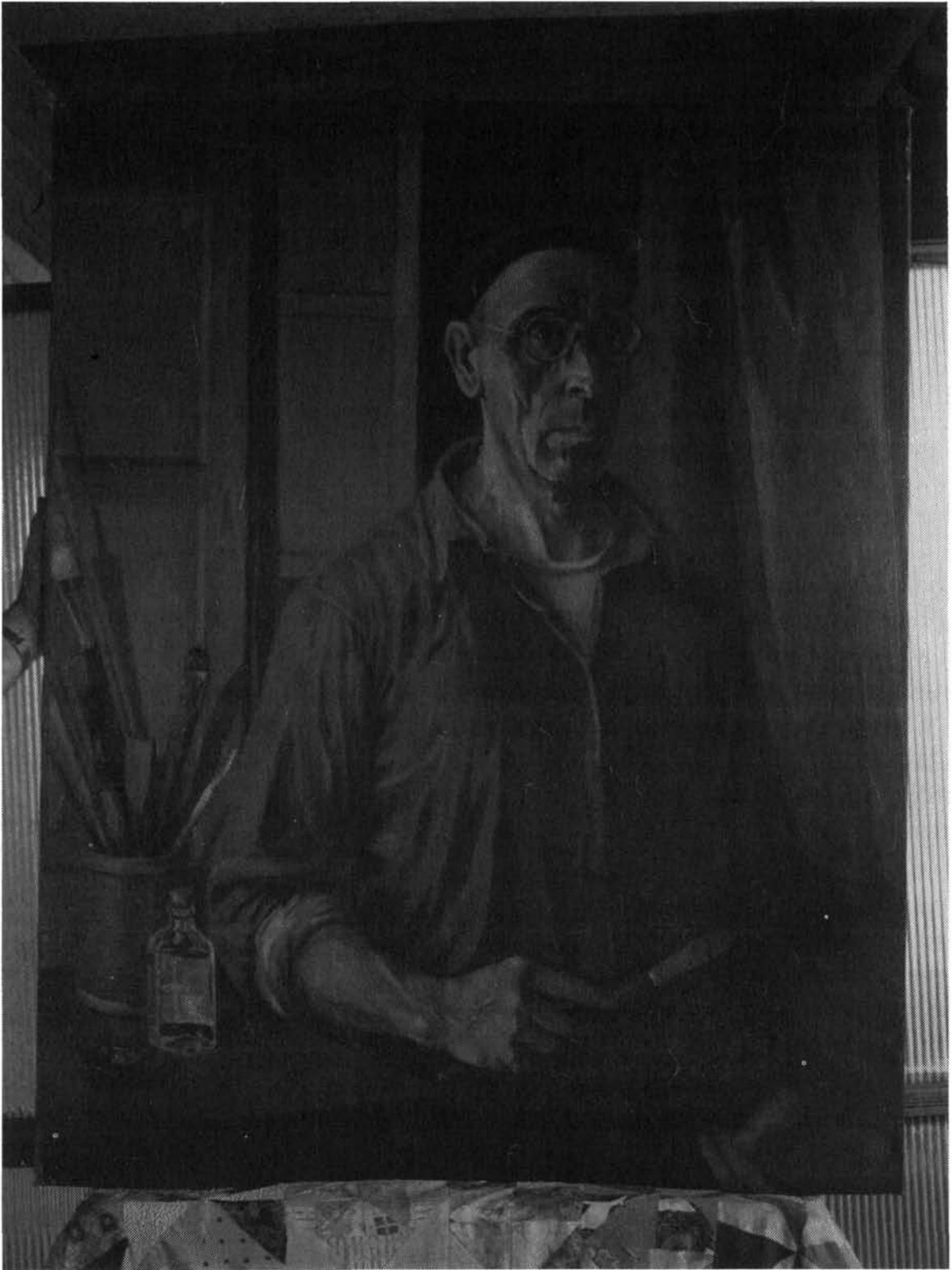
En algunos momentos, se ha evocado el mundo de la infancia del artista, sus años incipientes en Toledo. Hay un aura de soledad que le hace a veces profundamente trágico, aunque nunca deja de percibirse ese sentido de la fiesta y de lo jocundo. Y, frecuentemente, inventa los juegos y convoca los presagios. Imagina los personajes de un carnaval perpetuo. Ha sentido el rompimiento del mundo y de la Historia. Ha visto desfilar a los verdugos y ha sentido la tiranía y la abominación. Todo lo que nos dice en su obra es el testimonio de la vida de un hombre contra lo que amenaza la vida de los hombres.

Alberto nos encanta y nos deslumbra. A lo largo de los años nos ha llenado de soles, de estrellas y de los más variados personajes que pisaban el suelo temblorosamente. Es el milagro de la vida con una constancia magnífica. A veces, los ojos se impregnan del color de la infancia.

En Alberto existe una ambigüedad, tanto más admirable, porque parece no razonada. Podríamos decir que suena, justamente, porque posee esa fluidez del sonido que no engaña. Se expresa sin pretender convencer. Se impone sin saberlo y convence sin quererlo. Entre Alberto y la obra de Alberto queda eliminada toda distancia. Ante todo, es el hombre de lo real, pero hay que entender que la realidad está tejida a partes iguales de trivialidad y de sueño. En esta posición, entre dos márgenes, se sitúa Alberto. Pero no remonta o desciende el río. Simplemente lo acepta. Es un artista con la mirada siempre sorprendida. La mano toma el mundo entre sus dedos y por transparencia nos lo revela. Es el artista de la claridad y de la evidencia. Esta claridad la expresa por un lenguaje que le es propio, por un lenguaje primitivo —no *naïf*— cuya eficacia exige de nosotros un estado de presencia, porque si no respondemos a él, todo estará perdido.

Alberto es el perfecto artesano, consciente, refinado, que posee la inteligencia del material y el instinto poético de las formas sensoriales. Sin embargo, desconfía del material, que supone el riesgo de cautivar al escultor y de convertirle en su prisionero. El arte comienza donde termina la materia.

Alberto nunca fue tentado por la abstracción purista, porque la escultura abstracta, a veces, se limita a la creación de objetos y él anhelaba expresar toda una orquestación solamente posible en la composición, especie de concierto con unas notas que van de lo grave a lo agudo. Pero su gran preocupación es hallar el lugar en que se puedan



Alberto Sánchez: *Autorretrato*

enlazar. Ligar elementos de una misma naturaleza es fácil, pero enlazar un ovoide con un cuadrado se convierte en un problema. Gracias al movimiento continuo de sus figuras puede llegar a ligar elementos diversos y a expresarse con formas inventadas los antagonismos que se hallan en el fondo de la naturaleza humana. El problema se halla en superar la abstracción.

El gran interrogante está en expresar lo que es humano, de otra manera a como lo hicieron los artistas de la Edad Media o del Renacimiento. Con formas inventadas se puede formular la realidad humana, la presencia del hombre. Lo que cuenta ahora es hallar la nueva dignidad del individuo.

En el panorama español la obra de Alberto es resueltamente innovadora. Es un momento decisivo para la escultura. En unos años inventa lo esencial por el despojamiento progresivo y la depuración. La característica más personal, es el impulso fundado sobre un equilibrio audaz, el retorno al barroco y a la policromía olvidada desde hace siglos y las construcciones a partir de elementos en materiales distintos empleados en escultura. Rara vez se encuentra en la obra de un solo creador tal suma de descubrimientos e intuiciones. Alberto pertenece a esa clase de artistas precoces que liberan todo en el umbral de su vida.

El vuelco de las perspectivas naturales de los cuerpos en el espacio, mostradas por la anatomía clásica, el desplazamiento de las luces y las sombras siguiendo una imaginación paradójica, podrían valerle el título de escultor de una nueva modernidad. Existe un deseo, casi una pasión de la metamorfosis. Y esta metamorfosis consiste, no como en Ovidio, en el paso de un cuerpo a otro; por ejemplo, de un cuerpo de mujer a un cuerpo de cisne, sino en una dislocación de los miembros de un cuerpo cualquiera, seguido de un chorro de luz imprevisto que impulsa todas las partes de la escena.

Lo desconocido para un artista, se traspone en imaginario y él lo coloca en situación de entusiasmo. Es el entusiasmo que provoca el estallido y el misterio de las esculturas de Alberto. Uno se siente fascinado por estas formas deliberadamente elementales. Se da la grandeza en la simplicidad, la gravedad en la emoción y esa poesía que desborda con una fuerza secreta; extraña, de tantas invenciones inagotablemente renovadas, tal como aparece en la obra de este artista, que sabe permanecer siempre indefectiblemente escultor.

Alberto nace poco antes de finalizar el pasado siglo. Los períodos de su arte son como las etapas de cada una de las generaciones que han marcado nuestra época. Alberto es un visionario y un solitario, un buscador de lo absoluto, que no se sentiría satisfecho formando parte de un grupo, demasiado exigente para aceptar una disciplina que pudiera poner en peligro la integridad de su arte en provecho de una ideología.

No cesó, con una obstinación lúcida, de reflexionar sobre el arte contemporáneo, de dar vueltas a las cosas sobre los aspectos tanto humanos como plásticos, en su búsqueda de soluciones. Alberto es siempre él mismo, en la sociedad y en el pequeño mundo cerrado del arte. No arremete con sarcasmos contra las escuelas de Bellas Artes, que persisten en propagar el error de un realismo de iniciación surgido del Renacimiento, o contra los artistas rutinarios entonces de moda en los certámenes nacionales, cuya obra concurre para falsear el gusto popular.

Fueron momentos terribles. Al salir de su taller, la guerra confronta a Alberto con la más descarnada realidad. Fue una experiencia fundamental. Las evidencias aparecen en el artista: el valor humano de los hombres sencillos, sus compañeros, su eficacia, la facultad de invención espontánea y también la belleza esencial de las cosas.

Trata de situarse en el diapasón del dinamismo, de la acuidad del universo contemporáneo. Pero nada de copiar la realidad. El artista rutinario se esfuerza en vano en querer rivalizar con una realidad bella en sí. Alberto, en cambio, arroja sobre esta realidad moderna un ojo no menos crítico que arrebatado: la búsqueda de lo útil, de lo funcional, puede conducir a una pérdida de belleza.

En sus juegos plásticos, se va a inmiscuir el soplo de una vida emotiva. Al mismo tiempo, se confirma en Alberto su admiración por los primitivos, el gusto por la monumentalidad que nunca había perdido de vista y la firmeza de la construcción. Aquí, ciertamente, ha jugado el deseo, apresado en el corazón del escultor, de hacer llegar a las masas populares el arte moderno, faltas de una cultura de la que estaban desheredadas.

Después de varios siglos de tentativas ilusionadas, nuestra época busca sus nuevas reglas de estilización. La visión convencional, ligada durante siglos a una determinada cultura general y a un dominio determinado de la acción, hoy, pierde en un mundo que cambia de valores plásticos e intelectuales, toda posibilidad de evidencia inmediata. Sin embargo los artistas de hoy encuentran los mismos problemas y soluciones que sus antecesores, contrariamente a ciertas apariencias.

La escultura de Alberto no es una obra de arte agregada a la realidad. Ella es la misma realidad encarnada. Encuentra su sitio en la evolución de las formas y de las ideas, una suerte de lógica que es la misma que comporta la Naturaleza.

Como ilustrador o escenógrafo llega a ocupar un puesto preponderante, gracias a la elocuencia sugestiva y al despojamiento del trazo con su necesidad de concisión. Tiene un sentimiento refinado de las proporciones y del equilibrio vivo, gracias a su cuidado de penetrar en el fondo de los textos para no dar más que lo indispensablemente visual y gracias, sobre todo, a su sentido artesanal del trabajo bien acabado.

Con el tiempo, la amplitud de la visión, su riqueza interna, su majestuosa quietud no hacen más que progresar y ganar seguridad. Y ese vigor que brota, inagotable y sereno, se instala en todas las direcciones que parten hacia las fuentes de todas las técnicas. Es de los pocos artistas que han explorado ampliamente las posibilidades ofrecidas por todos los lenguajes estrictamente plásticos.

Resulta bastante asombroso, posiblemente ejemplar, ciertamente magnífico, que Alberto, cuya obra está considerada como una de las más importantes de nuestro tiempo, se incline todavía, insaciablemente, sobre los mismos problemas y se interrogue sin cesar sobre su arte con tanta tenacidad, serenidad y pudor. No hay ningún estallido ni ningún grito. La búsqueda ya no es para el frenesí y el sufrimiento exterior. La espera es reflexión. Un nuevo impulso va a surgir en él. Y es este impulso el que le va a inspirar el punto de partida para los próximos años, pero unos años que no le han de llevar hacia la vejez del cuerpo, sino a la juventud del corazón.

La palabra clave de su estética es el contraste en oposición con la antigua idea de la armonía y edifica un arte en el que los elementos formales se oponen, se disocian con el fin de liberar el máximo de energía, porque quiere una obra de arte significativa de su época, porque ha sido uno de los primeros en sentir la transformación que implica la visión en el mundo moderno. Alberto, sin pretenderlo, exige mucho a quien contempla su obra, porque aspira a una comunicación de poeta a poetas. Hablar es responder a todo.

Alberto tiene necesidad de lo real y de la Naturaleza viva para inspirarse. No trata de asombrar ni seducir, sino que se limita a elaborar imágenes en volúmenes del mundo que ama. Tampoco trata de imponerse. Se propone desarrollar la imaginación y el análisis plástico a través de objetos planos o cóncavos en materias distintas para ponernos en contacto con la Naturaleza. Nos lava los ojos para enseñarnos a ver. Es sin duda el artista más cuidadoso de dar a la realidad una definición que escapa, constantemente a nuestros contemporáneos. Su arte se singulariza en esa resistencia a la separación radical entre abstracción y figuración. De hecho, la obra de Alberto tiende a superar estos problemas para encontrar otros códigos. Los problemas son siempre los mismos: la luz y la sombra. El movimiento de la espiral es el primer movimiento verdadero, es el nacimiento del mundo, el momento en que la vida comienza a condensarse.

El mundo de Alberto está impregnado de elementos de la infancia. Para aproximarnos a su arte es necesario haber reencontrado la infancia, lo que supone que es necesario haberla perdido. Para entender la luz que envuelve las figuras de Alberto, posiblemente, sea necesario haber atravesado la noche. La claridad es siempre un triunfo sobre las tinieblas. La poesía llega siempre al final de la prosa, pero la poesía es una vocación, mientras que la prosa es un estado. La prosa se da primero y ocupa el espacio entero. La poesía es un destello que es necesario llevar difícilmente y con constancia, de un lado a otro de la conciencia. La poesía de la revolución aparece al final de la prosa de la Historia al consumir a sus propios héroes.

José Rodríguez Alfaro